

Mario Osses

Noticiario

DOS PREMIOS DE LITERATURA.

Velamen, de Fernando Durán. (Obra laureada con el premio único de poesía en el Concurso de la Sociedad de Escritores de Chile). (Nascimento, julio de 1950)

Por las 59 composiciones que contiene este libro, le dieron a su autor cincuenta mil pesos. La solapa nos advierte que el Jurado de la Sociedad de Escritores lo formaban Pedro Prado, Jerónimo Lagos y Pedro Sienna. Insinúa luego que entre los ciento veintisiete concursantes que se presentaron había algunos grandes poetas chilenos de las generaciones últimas, todo lo cual hacía de este certamen un acontecimiento extraordinario, en su especie el más importante de Chile.

Abrimos el libro pensando en un hallazgo. Y en verdad no deja de serlo.

Velamen es la primera versificación. Como su nombre lo anticipa, se resbala fácil, sin escollos aparentes:

«La nave, esbelta y libre, va por sus sueños sola,
absorta en la distancia que embriaga su pupila,
¡Erguida sobre el mástil la vela, fiel tremola
como el latir de un alma que espera y que vigila!

Agradable. Continuamos con otros alejandrinos similares, meciéndonos por 36 versos más. Ahora son francas reflexiones sobre la vida, que es «fugitiva y frágil como el agua», «crea fecunda sus instantes en un desbordamiento sutil que de ella brota», «fugaz y frágil» (nuevamente), «misteriosa y con nostalgia de inocente paraíso», «se despliega volcándose en el tiempo cual música que ahonda su idea y la modula», «fugitiva» (una vez más). Los primores rematan así:

«Pero la vida, clara como una espada, avanza
y surge de sí misma, desnuda y victoriosa:
el alba que contiene le ofrece su esperanza
y en su perfume encuentra su eternidad la rosa».

Prosiguen los cuartetos alejandrinos con un motivo erótico: *Instante*, donde se cosechan «luz indecisa», «voces de la brisa», «luna fugitiva», «hondo sueño», «suelta cabellera», «niño indefenso», «tibia almohada» y otros no menos singulares epítetos. Sin embargo, vale la pena saborear íntegra la versificación, porque se vea con espacio cómo se casan el prosaísmo y el artificio, la monotonía y la absoluta falta de respeto a la estética.

En la cuarta versificación, *Alberca*, siguen remansándose los consabidos cuartetos alejandrinos, que de alguna manera nos hacen recordar las tan justamente denominadas *Prosas de Gonzalo de Berceo*, el primer no-poeta de la lengua castellana. Ya no los encontraremos sino en *Germinación* (p. 37), *Cántico* (p. 47), *Imagen* (p. 59), *Temor* (p. 61), *Pureza* (p. 63), *Paisaje y Voz* (p. 65), *Raíz y Flor* (p. 119) y *Nostalgia* (p. 121). Salvo las estrofitas de las versificaciones *Eternidad* (p. 135) y *Acento* (p. 137), los romances heptasílabos *Hora* (p. 41), *Aire* (p. 43) y el octosílabo *Romance del Alba Triunfal* (p. 21) las cuarenta y una composiciones restantes son Sonetos. Como puede apreciarse, estamos frente a un sonetista, y en verdad, esta forma poética le es menos infiel.

El Romance del Alba Triunfal padece el tan barato influjo garcilorqueño que por fortuna no logró inficionar la raíz fuerte de nuestra poesía. Nos malogró sólo algunos retoñitos en la zona central. Pondérense estos versos imponderables:

«El alba es sólo un temblor
que recorre, azul, el cielo,
borrando rastros de estrellas
con finos dedos de viento.

Una fragancia de rosas
y de jazmines abiertos
delata escondidos parques
con avenidas de ensueño.

Los grillos entre la hierba
de súbito enmudecieron.
la brisa no tiene voz.
El agua no tiene acento.

.....

El alba blanca desgarrar
un negro girón del cielo
y por él derrama estrellas
que caen a los senderos.

El agua ya tiene voz
la brisa ya tiene acento
y los álamos palpitan
con fiebre de un alto sueño.

.....

El día que abre sus alas
es ahora inmenso vuelo,
y el alba tras su victoria
se arrodilla en los senderos
y junta las manos blancas
para rezar en silencio.

Composición a la altura de *Instante*, ya mencionada (p. 15).

Entre los sonetos se puede espigar: ¡tienen ascendencia ilustre, desde Petrarca hasta Pedro Prado! Con tales patrocinios se alcanzan: *Tristeza de Pelleas* (p. 25), *Aunque es de Noche*, II (p. 35), *Sonetos del Amor Interior*, I, II, III, p. 85, 86, 87) y *Rosa* (p. 115). Esta última, prima hermana de aquella otra que canta infinitamente el burilador de *Solo una Rosa*, capitán del castigo y el equilibrio poéticos.

Arrecia el conceptismo. Es de buen cuño (muy español) en *Aunque es de Noche*, soneto que debió llevar como feliz epígrafe la sentencia de San Juan de la Cruz: «Amada en el amado transformada...» (p. 35):

Ya libre está la amada en el amado
porque en él ha dejado de ser ella,
senda que sólo existe por la huella
del pie que avesándola ha cruzado.

El españolismo rosario de paradojas culmina:

«Y, en el divino amor que la enamora,
sabe que si de su alma se ha salido
nunca estuvo tan dentro como ahora».

* * *

En síntesis: obra dispar. Quizá se hayan superpuesto, imbricado en este libro composiciones de distintas épocas.

Si algo más puede exaltarse en el autor de *Velamen*—y que tampoco le pertenece—es el senequismo en la intención filosófica, el soplo sobrio que a las veces alea en esta poesía. No deja de recordarnos la varonil ruta de Machado el egregio.

Por ello, aunque con reflejo lunar, *Velamen* tiene de castizo, sin duda. De casta española, se entiende, no de la nuestra.

¡Pero atraviesa tanta zona erial! Hay que descascararlo con paciencia, quitarle el salvado al trigo, responder a la pregunta del propio autor:

¿Quién el salvado cierce y con la misma mano
la suave harina aparta que en vida y pan se amasa?
(p. 37).

Nosotros lo intentamos. Y no hay sino acordarse con esta conclusión sincera y precisa:

Y la materia oscura que hasta mis labios llevo,
asciende por mis venas y en canto se convierte (Ibidem).

Pues no todo canto es poesía, porque ¿puede alguien, no digamos escribir, digamos simplemente leer sin secreta vergüenza estas efusiones?:

Tan hondo era tu sueño que entonces no advertiste
cuando entreabrí la puerta y apoyado en el vano
te estuve contemplando. Tu rostro estaba triste
y las recientes lágrimas mojaban aun tu mano. (?)

Me acerqué a ti en silencio, ahogando las pisadas.
Acaricié en mis dedos tu suelta cabellera,
desordené las manos que tenías cruzadas
y te enjuagué las lágrimas que lloraste en mi espera. (Sic)

Despertaste de pronto y, al verme, amedrentada,
te cubriste los ojos como un niño indefenso,
hundiste el claro rostro en la tibia almohada
y se quebró tu pecho en un sollozo intenso.

Aunque sucinta, creemos haber hecho una crítica de análisis suficiente. No querríamos parecer arbitrarios, ahora menos que nunca. Preguntémonos con aplomo ¿es posible que en la tierra de Pezoa Véliz, Mondaca, Magallanes Moure, Cruchaga Santa María, de Rokha, Gabriela Mistral, Neruda, Juvencio Valle lleguemos a miseria tanta que no puedan colectarse en lo actual siquiera sea una treintena de nombres superiores al que suscribe *Velamen*? Los que conocemos la poesía chilena sabemos que se pueden reclutar excesivamente.

Un poeta es algo severísimo, original e innegable. No se puede suprimir. Existe influyendo, haciendo que otros parezcan poetas. Vive con esa vida única en que lo colocó Horacio cuando dijo que «ni los dioses, ni los hombres, ni las columnas» le concedían ser huésped en la mediocridad.

Por fortuna, los concursos significan muy poco y entrañan cada día menos. Momento llegará en que se haga necesaria la aclaración: A pesar del premio, Fulano de Tal vale...

Como en el caso siguiente.

Puerto Limón, de Joaquín Gutiérrez (Nascimento, 1950).

Este libro obtuvo el Segundo Premio en el Concurso de Novelas de la Sociedad de Escritores.

Su autor prefirió disimularlo.

¿Modestia...?

Entre Alone y Ricardo Latcham dieron cuenta del Primer Premio: «Infierno Gris», del señor Joaquín Ortega Folch. Para el autor de *Escalpeló*, «Infierno Gris» es obra «limitadísima, se subordina a un lector poco exigente y se encaja en la rutina convencional». Ni se acorta el creador de «La Sombra Inquieta», pues, estimando que el nombre conviene a la temperatura estilística, erige el libro en modelo de cómo no se debe escribir...

«Puerto Limón» refiere una huelga de bananeros en Costa Rica. Es esencialmente una novela psicológica, cuyos personajes

tienen un volumen que no atenúa, sino más bien exalta el medio tropical.

Silvano—un adolescente que acaba de graduarse de bachiller—es el hipersensible en quien repercuten dolorosas la injusticia cometida en los trabajadores y la sordidez de su tío el hacendado Héctor Rojas.

Y no tan sólo esto: huérfano desde temprano, desdeña el ambiente en que vive, las convenciones familiares, los anhelos de riqueza, tan fuertes en su tío y en la generación de que procede, todo «lo hace encogerse de hombros y escupir desde el fondo de su alma. Los juzga como a filisteos, los imagina hablando siempre de pagarés, de hipotecas, regateando los centavos, hoscos, extraños al menor refinamiento, ventrudos, torpes, hocicones» (p. 42).

Un complejo de superioridad (que lo es, naturalmente, de inferioridad), agudizado por el período de exaltación que es la adolescencia.

No se piense que Silvano es un redentor. No. Lo acosa un egoísmo tan sórdido como el de su tío: al fin de la obra huye con el dinero destinado a los mismos infelices que le arrancan imprecaciones contra el capitalismo. La verdad es que la cenes-tesia, la maduración fisiológica, lo traen preocupado en extremo. Y aquí reside uno de los mayores aciertos de Gutiérrez, pues no le está bien al arte convertirse en escuela de sesudez moralista.

El sobrino de Rojas padece de abulia de ejecución, de fobias, de alucinaciones. La realidad se le dibuja a latigazos, de ahí que su comportamiento sea también más o menos explosivo. Sujeto de primera para la comezón psicoanalista: comienzan por menoscabarle la infancia una tía solterona, histérica, atacada de castidad y una sirvienta mayor que le empuerca la iniciación crótica. Ambas le dejan una herencia triste: el miedo.

Silvano es tímido hasta el dolor. Su introversión, su autismo hacen de él un solitario que termina por disfrutar en el mismo

manadero de sus reveses, concluye por ser masoquista. Lo quema intermitentemente la pasión por Diana, hija del tío Héctor. La prima es pizpireta, de sensualidad ingenua. Lo excita, le provoca celos con un mocetón engreído, que le remacha su mengua de perfil y le hiere la varonía frágil. Concluye, no obstante, por poseerla.

La técnica de Joaquín Gutiérrez consiste a menudo en ir proyectando naturaleza, acción y personas en la sensibilidad alerta de este adolescente, con lo cual se agudizan y adquieren peso vibrátil.

Hay aguafuertes conseguidas, como aquella en que la negra Azucena permanece con el trasero mondo levantado ante los Rojas y el médico. Este se lo quema con un fósforo y le hunde el alfiler del sombrero de plumas con que se aderezara grotescamente la desdichada, al par que diagnostica; «Ele-e-p-r-a». Es decir, lepra.

O el episodio de la mona, que matan para comérsela Beto Cortés y Tapón (p. 238).

Otro incidente en cuyo relato se revelan fuerza y maestría es aquel en que logramos saber por qué le llamaban «Paragüitas» al nicaragüense Duino Silveras, que dirigió la huelga de los bananeros. El hecho distaba ya diez años a la sazón. Un marino yanqui le había dado un culatazo a un pequeño que seguía al destacamento, sujetándose los pantalones grandotes. El niño quedó con la cabecita torcida y se le pronosticaba parálisis. Duino Silveras pasó largas horas afilando una varilla de paraguas. Acude a un baile popular y escoge a un yanqui de ojos «celestesucios». A quien se la entierra íntegra en el abdomen (p. 304).

De alcurnia es el capítulo III, sub-lógico, onírico. Crea un natural clima de sueño, sin pujos, con elegancia. Y eficientemente.

Allí encontramos—aparte la sugestión rica de poesía—dos notas que son peculiares al autor de «Puerto Limón», a pesar

de su a menudo distanciada intermitencia: la expresión barroca con que aprieta el cuello expresivo, con que lo retuerce para sacarle el jugo (v. g. en la reciente herida de su alma el miedo ha depositado su sal interminable, p. 54), y la fidelidad sensoria con que afianza el comercio con las cosas (retrocede a oscuras, bajo una lechosa esperma lunar, p. 50).

Hay memoria sensitiva, encomiabilísima. La de un poeta-psicólogo que novela, de ahí que los aciertos formales de «Puerto Limón» se iteren, sobre todo, cuando se subjetiva el paisaje, cuando se insiste en el módulo bergsonianos del tiempo. No faltan entonces las sugerencias onomatopéyicas que provocan lapsos de hipnotismo en el lector, fulgores con que alumbra la íntima experiencia del transcurrir de la vida.

Gutiérrez tiene apenas 32 años. Hace poco nos brindó «Manglar», donde el subconsciente alcanza el primado y donde late el pulso de un artista poderoso. Con el peso natural que las cosas deben tener en una novela. «Puerto Limón» es más significativo.

Los años irán concretando la fina y alta calidad literaria de Joaquín Gutiérrez, lo harán podar algún retorcimiento eventual, cierto prurito de lirismo evanescente. Lo harán decidirse por la energía de los hechos, por la firmeza de la tierra. Todo lo cual ya se consigue en gran parte en la obra que comentamos, una de las mejores en la literatura sudamericana de los últimos tiempos.

ECOS CULTURALES DE EUROPA:

BENJAMÍN JARNÉS ✓

Recientemente falleció en España uno de los más finos y menos «estrepitosos» valores de la generación de escritores españoles comprendida entre la del 98 y las últimas promociones: Benjamín Jarnés, quien no ha mucho había regresado a Madrid, después de soportar durante diez años el exilio con la misma proba dignidad de su vida entera de escritor independiente,